

El sabor de la caña de azúcar

Cada día la escasez crecía como una sombra al atardecer, igual que el retumbar de las bombas que nos llegaba desde los pueblos vecinos. Hasta los tomates del pequeño huerto se quedaban aferrados a la tierra, como si presintieran que no era momento de nacer. Las cañas de azúcar, en cambio, seguían erguidas junto al camino, verdes y dulces, ajenas a la herida que atravesaba el país.

Con unas patatas y un trozo de tocino que me regaló mi vecina Dolores, preparé un caldo claro, más agua que condimento, pero suficiente para engañar al hambre por un día.

Febrero de 1937 había comenzado soleado. Aquella mañana, las niñas jugaban con una muñeca de trapo junto al pozo; sus risas rompían, por un instante, el silencio tenso del campo. El jabón grasoso y ahumado, desprendía un olor penetrante que se mezclaba con el aire cálido mientras tendía la ropa. Al extender la última sábana sobre el cordel llegó Antonio. Traía un hatillo en la mano, la boina daleada y el rostro pálido, con el ceño fruncido y los labios apretados. Al verme, los suyos temblaron y el brillo de sus ojos amenazó con desbordarse. Me abrazó con una fuerza que no le conocía.

—Juani, me acabo de encontrar con una familia de Ronda... Han huido. ¡Han devastado la ciudad! Dicen que hay muertos tirados por las carreteras. Me han dicho que mañana salen para Almería.

Miré a las niñas, que dejaron de jugar y nos observaban en silencio.

—¡Por Dios, Antonio! ¿Y qué hacemos? —le tomé del brazo con un gesto rápido y lo aparté unos pasos, hasta quedar fuera de la vista de las niñas.

—Juani no lo sé, pero me da miedo que vengan y nos hagan lo mismo. Todos con los que he hablado van a partir mañana. Voy a preparar la mula. Junta lo que podamos llevar. Toma —abrió el hatillo y me pasó dos hogazas de pan, un chorizo y unas manzanas—, guarda esto.

Se alejó calle abajo con pasos rápidos. Volví la mirada hacia mis niñas, ajenas aún al miedo que ya nos rodeaba. Eran muy pequeñas, Mercedes de cuatro años y Nieves de siete. Me limpié las lágrimas con el delantal y me acerqué a ellas.

—Niñas, ¿mañana os gustaría hacer una excursión? Irán muchos niños y nos lo vamos a pasar muy bien. Hasta puede que durmamos en el campo. ¿Qué os parece?

—¿Y podemos llevar las muñecas? —preguntó Nieves, mientras Mercedes se aferraba a mi falda.

—Claro, cariño —dije, agachándome para abrazarlas.

—¡Juani! ¡Juani! —la voz de Dolores llegó antes que ella.

Dejé a las niñas y fui a su encuentro. Dolores llegó casi sin aliento, con las manos manchadas de tierra y los ojos abiertos como si acabara de ver un fantasma.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—¡Los moros de Franco! ¡Ya están entrando por los cerros! Dicen que vienen matando a los niños... Juani, esto no es un rumor. ¡Tenemos que irnos!

Su voz quebrada corrió más rápido que ella. Primero las mujeres que lavaban en el arroyo levantaron la cabeza; luego los hombres que hablaban en la plaza. El pueblo entero pareció contener la respiración durante un instante, como si la noticia hubiera caído al suelo y todos escucháramos cómo se rompía.

Y entonces, el movimiento estalló.

La gente empezó a salir de las casas, no corriendo, pero con prisa. Recogían lo primero que encontraban, ataban colchones a los burros, cargaban mantas, sacos de harina y garrafas de agua. El aire se llenó de voces tensas, de órdenes, de llantos. Hasta las cañas de azúcar, quietas junto al camino, parecían inclinarse un poco, como si también escucharan la mala noticia.

Antonio apareció con la mula y dos serones de esparto, jadeando.

—¡Juani! ¡Coge a las niñas! ¡Nos vamos ahora mismo!

Entré en casa de un salto, con el corazón desbocado. Extendí una sábana y eché dentro la poca ropa de abrigo que teníamos. No había tiempo para pensar.

—¡Niñas, vámonos!

No llegaron a preguntar nada. Las tomé en brazos y las subí a la mula, una a cada lado. Cuando salimos al camino, la corriente humana ya había empezado a formarse.

Nos unimos a aquella marcha inmensa que abandonaba el pueblo como una procesión. Los gritos de niños que buscaban a sus padres se mezclaban con los de padres que buscaban a sus hijos. El polvo del camino se levantaba bajo miles de pies, espesando el aire. Entre las montañas y el acantilado avanzábamos como una serpiente interminable, ocupando todo el ancho de la carretera.

Los más pequeños iban a hombros y los ancianos se aferraban a los animales; los demás caminábamos con los pies entumecidos y la espalda cargada con lo poco que habíamos podido salvar. Nos protegíamos del sol con mantones o camisas, cualquier cosa servía. Algunos afortunados pasaban en camiones o coches llenos hasta arriba, ofreciendo agua o palabras de ánimo.

A lo lejos, sobre el brillo del mar, vi que unos grandes barcos se acercaban a la costa.

Cuando por fin alcanzamos Torre del mar, después de horas avanzando sin descanso, un estruendo abrió el aire delante de nosotros como si hubiera caído un rayo. El suelo tembló bajo nuestros pies. Me quedé paralizada y aferré a mis hijas con tanta fuerza que casi las hundí contra mí. La mula se encabritó y Antonio tiró de las riendas para evitar que nos derribara. La marcha, que hasta entonces había mantenido un murmullo constante de pasos y susurros, se rompió de golpe. La gente empezó a correr, a gritar, a dispersarse hacia el monte como hojas arrastradas por un gran tornado.

Otro estallido, esta vez detrás de nosotros, nos envolvió con un latigazo de aire caliente. Fue entonces cuando entendí: los barcos nos estaban disparando.

Agarré a las niñas y eché a correr hacia el campo. Las cañas de azúcar nos recibieron como brazos altos y flexibles, moviéndose al ritmo del miedo que llevaba dentro del pecho. Me tiré al suelo y las cubrí con mi cuerpo, intentando ser un muro entre ellas y el horror que nos rodeaba.

—Mamá... ¿qué está pasando? —preguntó Nieves con un hilo de voz.

—No lo sé, cariño. Pero aquí estamos a salvo. Solo tenemos que quedarnos muy quietas.

Mercedes lloraba, temblando, aferrada a mi cintura, como si creyera que si me soltaba desaparecería.

—¿Y Papá? —preguntaron las dos a la vez.

Miré entre las cañas, buscando su figura como quien busca un milagro, pero no lo vi.

—Vendrá ahora —me esforcé en mantener la voz firme.

El estruendo volvió, una y otra vez, como si el cielo se partiera sobre nuestras espaldas. Les tapé los oídos, encogida sobre ellas, sintiendo cada vibración como un golpe en mis costillas.

Después de un tiempo que no supe medir, los bombardeos cesaron. Un silencio aplastante se adueñó del aire, mezclado con polvo y llanto. Antonio no aparecía, y ese silencio pesaba más que cualquier estruendo.

—Mamá... tengo hambre —susurró Mercedes.

Sin incorporarme del todo, arranqué una caña y luego otra. El tallo crujió entre mis manos. Se las di para que las niñas las masticaran. Aquel dulzor simple y terroso las tranquilizó un poco, igual que siempre lo hacía en los días de calor. Por un instante, el mundo fue solo el sonido de ellas sorbiendo la savia y de mi respiración intentando no romperse.

Pero el cielo volvió a zumbiar. Un sonido grave, cada vez más cercano, abrió el cielo.

Aviones.

La metralla empezó a caer otra vez, espesa como una lluvia metálica.

El impacto llegó antes de que pudiera entenderlo. Un dolor agudo me atravesó la espalda, caliente, inmediato. Apreté los dientes para no gritar. No podía moverme. No podía dejar de cubrirlas. Sentí cómo la sangre me resbalaba por el costado, tibia, fundiéndose con la tierra caliente, entre el polvo y ese olor a metal que lo llenaba todo.

Apreté a mis niñas contra mí y las besé en las cabecitas, una y otra vez, como si esos besos pudieran sellar sus vidas a la mía.

En torno a nosotras, otras familias se escondían también entre las cañas. Parecía que las plantas nos mecían con sus sombras altas, queriendo protegernos, o despedirnos. No lo supe.

—Niñas... —dije con apenas un hilo de voz—. Cuando se haga silencio... cuando no escuchéis nada... corréis hacia esa familia, ¿veis? —señalé con la mano temblorosa— Papá y yo iremos después.

No podía decirles otra cosa. Todavía eran demasiado pequeñas para saber que a veces los padres no pueden volver.

Los gritos se fueron alejando, como si alguien los recogiera uno a uno. La luz empezó a oscurecerse, no sé si por el humo, por la tarde, o porque mis ojos ya no podían sostenerla.

La oscuridad me envolvió como un manto y ya no pude sostener a mis niñas. Pero su calor quedó en mis brazos, aunque las soltara.

Pensé en todo lo que no vería; sus manos creciendo, sus voces cambiando, sus vidas abriéndose paso lejos de aquella carretera de fuego. Pero también pensé que algún día alguien contaría lo que pasó allí.

Alguien recordaría a los que no volvimos.

Y ellas sabrían que no morí en vano, que hice lo único que una madre puede hacer: Salvarlas.

El mundo se desvaneció lentamente, y solo quedó el eco de mis niñas llamándome desde un mañana que yo ya no vería.

M.J. Hernández